

En defensa del tejueleo, del bosque y del tejuelero

Pedro Pablo Achondo Moya ⁽¹⁾

Resumen: El artículo busca poner en consideración los vínculos que se establecen entre el tejuelero y el bosque a partir del oficio artesanal del tejueleo. Se trata de relevar la relación que el oficio ha permitido tradicionalmente establecer entre humanos y plantas y, a partir de ella, verificar la emergencia de territorios otros, territorios de esperanza que cuestionan, de alguna manera, miradas medioambientalistas sobre dichos vínculos. En base a trabajos anteriores se continúa profundizando en maneras de hacer mundo que humanos y plantas, en este caso los bosques de alerce del sur de Chile han permitido indagar. A partir de una metodología etnográfica y en base a conversaciones y entrevistas con tejueleros, se llega a resultados considerables sobre la influencia del bosque en las personas y el modo en que las afectaciones mutuas permiten acceder a formas de habitar y representar los territorios. El diseño es abordado materialmente a partir de las tejuelas, no tanto por sus usos diversos, sino por su propia materialidad, esto es, el ser madera *de* alerce y provenir *de* un bosque concreto. Es desde esa materialidad vegetal que las tejuelas dan cuenta de una relación biocultural, afectiva y memorial entre artesanos y alerces. El artículo propone, a su vez, nuevas vidas de estas materialidades, como también la continuidad de oficios asociados a las tejuelas.

Palabras clave: Tejueleo - Alerces - Bosque - Territorios - Materialidades

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 36-37]

⁽¹⁾ **Pedro Pablo Achondo Moya** es Doctor en Territorio, Espacio y Sociedad (Universidad de Chile), licenciado en Filosofía y teólogo (Magister en Teología Moral y Práctica, Centre Sèvres de Paris). Desde 2019 ejerce la docencia en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile). Investiga temas ligados al pensamiento vegetal, la teología latinoamericana, el posthumanismo, la ecología, la ética, filosofía y geografía en contextos de Cambio Climático. Junto a la diseñadora y Dra. (c) Paola de La Sotta Lazzarini investigan sobre los vínculos entre las tejuelas y los bosques como territorios afectivo-memoriales (FONDART 2022-2023).

Introducción

A partir de trabajos anteriores (Achondo, 2023a, 2013b, 2022) y también publicados en esta revista (Achondo y De la Sotta, 2023-2024; Achondo, 2021-2022) se quiere continuar profundizando en las relaciones que se establecen entre un oficio, un entorno y una materialidad, esto es, entre el tejuelo, el bosque de alerces y las tejuelas. Sin querer repetir lo ya dicho en los otros trabajos, esta vez se busca relevar la figura concreta del tejuelero como una persona que ha sido labrada, construida, de alguna manera, y formada a partir de su territorialidad. La defensa del tejuelo como práctica tiene que ver, por un lado, con la proximidad humano-naturaleza y, por otro lado, con las formas humanas que emergen de dichos encuentros. Lo que se defiende es una manera de habitar, una forma de hacer mundo, atravesada por los alerces y labrada al modo de las tejuelas. Cada uno de estos aspectos irán relevando la fuerza, no tematizada de esta manera, ni tampoco sistematizada fuera de un marco meramente cultural, del oficio del tejuelo artesanal entendido este como una manera otra de conocer el bosque y encontrarse con la naturaleza.

Al mismo tiempo se explicitarán los límites de esta práctica casi extinta, al menos en su forma comercial y laboral, las que tienen que ver con aspectos que para el tejuelero permanecían invisibles, en su mayoría producto de los conocimientos de la época en que el tejuelo se desarrolla con más fuerza y de una conciencia socioambiental aun en gestación. Metodológicamente se alude a las entrevistas y conversaciones en terreno como también a la propia experiencia territorializada del investigador, de ahí que algunos extractos sean desarrollados en primera persona, de manera de situar la experiencia y evitar cualquier tipo de abstracción o desterritorialización excesiva.

Este artículo es fruto de la tesis doctoral en territorio, espacio y sociedad del autor en la que se profundizaron estos entramados humanos y otros-que-humano, desde una perspectiva posthumanista y con un enfoque etnográfico donde los vínculos entre los humanos, las tejuelas y el bosque permitieron indagar en las ecologías afectivas presentes y productoras de un espacio y de un tiempo particular. Todo ello posibilitando entrar de otra forma al oficio en estos tiempos en que la pregunta por el futuro, la crisis climática y ambiental cruzan el horizonte de toda vida.

El tejuelo no es tala

En medio del bosque de alerce y solo con un lápiz intento dibujar al alerce que tengo al frente. No lo voy a cortar, sino simplemente copiar, como si mi mano y su extensión pudieran llevar aquella vida vegetal a una escala pequeña como la de mi cuaderno de notas. Mis ojos lo observan mientras el tiempo transcurre sin detenerse. Es todo el cuerpo implicado en la faena: las manos, la mirada, la atención e intención frente al árbol y las manos en el teclado al momento de redactar las *dendrografías* (Achondo, 2022). Mi herramienta es el computador, el lápiz, un cuaderno, una grabadora y una cámara fotográfica que permite hacer videos. No mucho más. No tengo un cuchillón ni una sierra, tampoco un metro para medir. A veces me consigo uno, pero mi equipo es bastante reducido. Tomo el hacha

y no corto ningún alerce. No me atrevo. Me dan ganas, pero son demasiados los siglos que tengo sobre las espaldas. Me dan ganas de abrirlo, partirlo, rajarlo y sentir eso de la tejuela rajada y de cómo suena al caer. Quiero desarmarlo como un niño con un juguete, con esa misma taxonómica y lúdica inocencia.

La escritura me une al oficio del tejueleo, como se unen las raíces a las hojas de los alerces. Sin estar en esos bosques a diario y sin haber nacido en las cordilleras, los alerces han penetrado mis poros. Quizás por el deseo, quizás por el tiempo tranquilo e intencionado entre ellos. Quizás por la experiencia de otros y la alegría que padezco al caminar los bosques. Probablemente todo lo anterior. La mano que escribe es y no es aquella que tejuelea; es y no es aquella que tala, es y no es aquella que toca los troncos milenarios y la madera rojiza.

Gustavo Boldrini, en sus *Andanzas por Chiloé* (1990) relata con prodigiosa pluma como el destino del chilote estaba emparentado con el hacha, esta “sería el instrumento que debería caer con inteligencia” (1990, p. 33) en los bosques chilotes de alerce. No se vislumbraba en aquellos tiempos, en pleno siglo XVIII y XIX otra forma de forjar un destino para el chilote. El alerce, relata, dejó de servir para indicar los años de los niños, ya que la cantidad de tablas que podían cargar en sus hombros decía la edad que tenían (Boldrini, 1990); y fueron otras maderas las que cobraron importancia: el ciruelillo y el avellano para los mesones de las escuelas. El hacha y el destino caminan a la par en las culturas madereras. Así también lo afirma, en el otro lado del planeta, el escritor noruego, Lars Mytting (2017) quien dedicó una interesante obra a la madera. En su libro se relatan las relaciones que los noruegos y los países nórdicos en general han construido con la madera, el fuego, el bosque y el frío. El hacha, aquí, adquiere un tono medicinal y la corta de leña es transmitida, incluso, como un ejercicio terapéutico. El libro de Mytting es una oda a la leña y la corta de árboles; un manual exquisito que a cualquier leñador dejaría contento. Al referirse al hacha da cuenta de cómo gran parte de la civilización le debe mucho a esta herramienta. “Un hacha realmente buena merece tener tu nombre grabado” (Mytting, 2017, p. 75), dice el escritor noruego, orgulloso de que en los países nórdicos se construyan algunas de las mejores hachas del planeta.

No deja de ser interesante vincular el oficio del tejueleo artesanal con el acto de hacer leña, en el sentido de un ejercicio que afecta e involucra una serie de dimensiones. Antes que todo, conlleva un esfuerzo físico, luego, los resultados se ven inmediatamente, requiere concentración y habilidades en el uso de las herramientas y se es testigo de una hermosa aromatización en el ambiente al cortar y rajar la madera. Sin embargo, hay también una diferencia radical y esta tiene que ver con el bosque. Hacer leña, picar leña; sea en Noruega o en Río Bueno, al sur de Chile; no necesariamente vincula al leñador con el bosque. El subtítulo del libro de Mytting (2017) es engañoso, “Una vida en los bosques”, pues al leerlo el bosque casi no aparece. Lo que aparece son clasificaciones de madera y sus especificaciones a la hora de cortar, apilar y quemar. No dice mucho del bosque ni tampoco de la vida en ellos. Al menos no como se encontró al conversar con tejueleros del sur de Chile. Probablemente debemos ser más justos y decir que el bosque del cual Mytting habla de forma tan poética, aunque declara no romantizar, es, efectivamente, un bosque antrópico, es el bosque del Antropoceno, un bosque domesticado y dominado. No solo por el hecho de ser un bosque para el humano, sino también porque, efectivamente, el bosque no apa-

rece. Es invisibilizado por la narrativa antropocentrada. No hay bosque, hay hachas y pilas de leña. No hay bosque, hay personas que organizan el bosque y lo administran en vistas del calor del hogar.

Quando a usted le daban un pedazo de cordillera, unas 3 hectáreas, por ejemplo, ese pedazo era suyo para extraer madera, hasta cuando se cansara. Si los jefes encontraban que había más madera, entonces llamaban a otro alcerco y se volvía a trabajar, hasta sacar toda la madera. Arriba de la cordillera usted tiene que pelear para extraer la mayor cantidad de madera. El mejor alerce estaba en las quebradas, si usted no sabía botar ese palo, lo hacía pedazos. Había que saber voltearlo. [El labrador] tenía que saber hacer de todo en la cordillera, en invierno había un trabajo, en primavera, otro. Había que hacer caminos, serrear, todo a pulso. El alerce es buena hebra, así en el piso nomás usted ponía el palo parado y metía la macheta para hacer las tejuelas. Luego el sol ayudaba a abrir la madera (Tejuelero en La Unión, 83 años. Entrevista 13 de febrero, 2021).

En lo que al oficio del tejeleo refiere, ocurren dos cosas. Una va en total consonancia con lo que el escritor noruego relata. Hacer tejuelas es también una manera de administrar el bosque. De apropiarse de los árboles y organizarlos en pequeñas tablas de medidas estandarizadas con el fin de colocarlas como techumbres y revestimiento de edificaciones. En ese sentido, y como lo hizo ver una persona con quien se compartían estas indagaciones, ¿qué diferencia tiene la colina de tablas abandonadas en la cordillera, aquella llamada de “monte del Antropoceno” (Achondo, 2021-2022) con esas mismas tablas usadas en una iglesia sureña? Poco, casi nada. Son tablas apiladas, son tablas de alerce, tejuelas, en un caso desorganizadas y en el otro debidamente situadas. De ese modo la diferencia consiste *en el lugar*. Es decir, en la colina de aserrín y en los vestigios de un aserradero antiguo en medio de la cordillera, las tejuelas están fuera de lugar. Se encuentran habitando un espacio que no les pertenece como tejuelas, mientras ellas no son habitadas por nadie. En el segundo caso, las tejuelas se encuentran habitadas por humanos y ellas instaladas en el espacio que les corresponde, para lo cual fueron hechas. La diferencia es su forma de habitar el espacio y ser habitadas en el espacio.

Por lo tanto, el tejeleo no es un simple corte de leña o de madera ni puede ser equiparado sin más. Primeramente, por la forma en que las tejuelas son fabricadas y esto tiene que ver íntimamente con el bosque. Ellas son hechas en el bosque. No es posible sacar el alerce caído dada su difícil ubicación. Y mucho menos transportarlo. La mejor manera era llevarse las tejuelas al hombro. En ese sentido el vínculo del tejuelero con el bosque se vuelve más cercano e íntimo. Y, en segundo lugar, porque las tejuelas no son leña. Ellas no se fabrican para quemarse. Su fin no es calentar el hogar, sino construirlo, arroparlo. Las tejuelas de alerce, al no ser leña, poseen otra relación con los humanos, una relación que se prolonga en el tiempo y que modifica los espacios.

La fuerza de una tejuela

En una publicación anterior se pudo profundizar, teóricamente, en el potencial de aprender a leer los lenguajes de las materialidades y de las tejuelas en particular (Achondo, 2021-2022). Desde la experiencia de los tejueleros, alcereros y habitantes del bosque, se tiene:

Una lindura es la madera de alerce, cuando chico subía con mis papás y había rumas de tejuelón [...] Hoy en día tenemos un pedazo de bosque y lo protegemos. Me gusta el paisaje, el verde. Estamos dando vida a la gente cuando cuidamos el bosque. El aire más lindo es el de aquí del bosque. El bosque es como la vida de uno. Si usted lo mantiene bien, todo se desarrolla muy bonito y el crecimiento es mayor. [...] Mi cordillera completa es bonita. Hubiera venido otra persona y aquí ya no habría ningún alerce (Tejuelero y tejuelera de la comunidad La Catrihuala. Entrevista 12 de junio, 2022).

Yo vivía en el bosque de alerce. En octubre del 57 llegaron mis papás a la cordillera pelada desde Coique. Yo nací allá en la cordillera. Había diferentes árboles en el bosque. Toda la vida he sido de campo, de montaña. El trabajo era pura labranza al principio, más tarde entró otra firma que hizo mucha tejuela. Después para el 73 los militares bajaban con los camiones cargados, decían que traían comunistas, pero en verdad venían llenos de tejuelas. [...] Mi papá trabajaba a pura hacha. Las casas de la gente todo era tejuela. Una vez fui a ver a mi papá arriba cuando se metió dentro de un tronco y quedó apretado. El alerce estaba sano [en el suelo] y yo era chica, pero tuve que ayudarlo a que saliera, después me fui así que no vi el trabajo que hizo con ese árbol (Habitante del bosque. La Unión. Entrevista 15 de mayo, 2022).

Nosotros entre 4 hacheros botábamos un alerce, dos por un lado y dos por el otro. Nos demorábamos unas dos horas. El alerce blandito que daba gusto. Adentro tenía un agujero; era mucha casualidad encontrar un alerce entero. El alerce grande tenía un agujero dentro. Los antiguos decían que sacándole un gajo ya sabían cuántos años tenía. Había montañas y kilómetros de alerce que explotábamos. Bajábamos al día siguiente con las tejuelas al hombro [...] Trabajaba mucha gente en la pura tejuela, que después se iba para el sur. Todos por aquí fueron tejueleros. Yo fui tejuelero durante como 30 años, tengo manos de tejuelero (Tejuelero de Lenca, Puerto Montt. Entrevista 13 de julio, 2021).

La experiencia de una vida entre tejuelas manifiesta su potencialidad. La tejuela de alerce, prolongación de una vida en el bosque y de la vida del bosque, ahora se materializa en forma de oficio. Es el tejueleo, esto es, una manera de entrar en relación con la madera de los alerces, lo que va configurando, conformando y según lo que se nos ha indicado, territorializando la vida de las personas. En ellas hay un saber-hacer, pero también un saber-habitar y un saber-estar con la vida vegetal de los alerces. No es extraño afirmar que los tejueleros, alcereros y habitantes del bosque son “distintos humanos”, “humanos otros”, en el sentido

de que su vida humana siempre ha sido con-otros, enlazada con un nos-otros biodiverso, complejo, anudado. Perteneciente a un compendio de otros seres y memorias, refugio de un cúmulo de experiencias con-otros-que-humanos en territorios múltiples y plurales. Esto puede decirse de cualquier forma de vida humana que se entienda como inseparable del territorio, de las geografías –externas e internas– y de los cohabitantes que lo circundan. De ese modo, el humano siempre ha sido un poco planta, un poco bosque, un poco vegetal. Aseveración que se vuelve mucho más interesante y promisoría si se considera su origen arborícola (Hallé, 2020, Coppens, 2010): “Es posible que el arboricolismo preparara, en cierta manera, para el bipedismo”, dice el paleontólogo francés Yves Coppens (2010, p. 19). La relación con los árboles bajó a los humanos de los árboles. El humano de alguna manera se encuentra ligado, emparentado al mundo de los árboles y sus correspondencias materiales y vegetales. De ahí que, a pesar de la distancia, las tejuelas tengan mucho que decirles a los humanos. Ellas, así como lo hacen las plantas todo el tiempo (Coccia, 2017), forman lo humano y le otorgan un mundo.

Mi primer trabajo fue hacer tejuelas. Éramos más de 500 trabajadores en esas cordilleras. En un día podíamos voltear unos 20 a 30 árboles, al inicio solo trozaba, después también labraba. Hoy día echo de menos la madera, estoy acostumbrado a esa pega. En esos tiempos había árboles grandes. Ya el año 80 solo trabajábamos los palos volteados nomás o los alerces muertos. Ahí mismo hacíamos las tejuelas. [...] Los ingenieros nos enseñaban como crecía el alerce, así yo puedo saber cuántos años más o menos tiene un palo y también cuándo fue hecha una tejuela. En aquellos años no teníamos miramiento con los árboles, nadie andaba contemplando los alerces. [...] El alerce casi lo terminaron, en otros lugares es terrible. El alerce solo cuando lo ve volteado sabe cuántas pulgadas le va a dar. Hay que calcularle un 30% de uso en madera al alerce, es el árbol más aventurero que hay. [...] Yo espero que la cordillera de alerce se divida para dejarle algo a los nietos, para cuidarla, protegerla, preservar el bosque verde (Tejuelero de Río Bueno, 74 años. Entrevista 25 de febrero, 2022).

Los gestos del tejuelero

En el libro, “El cultivo de los gestos” del francés André Haudricourt (2021), geógrafo, botánico, lingüista e ingeniero agrónomo; se presenta una tesis interesante, a saber, que la manera de pensar de los pueblos está íntimamente ligada a los oficios y prácticas a los cuales se han visto abocados durante su historia y constitución como culturas. De esa forma plantea una aventurada línea divisoria entre occidente y oriente extremo, en concreto entre el amplio mundo occidental (dónde el autor sitúa a India) y China; esto es entre culturas ganaderas y culturas agrícolas. Pueblos vinculados al pastoreo y los animales, y pueblos constituidos por las plantas, su cuidado y producción. Dos mentalidades y dos maneras de vincularse con la tierra: al modo de los animales y sus tiempos y al modo de las plantas y su espera. Esta idea, sumamente sugerente y a partir de la cual Haudricourt

explica un sinnúmero de cosas, como el régimen esclavista y modos de producción que devinieron en capitalistas; permite continuar la reflexión sobre las plantas, los bosques, los tiempos y las maneras de relacionamiento que los humanos, pueblos y comunidades han ido construyendo.

El modo pastoril de habitar acentúa al humano en tanto guía y tomador de decisiones en nombre del rebaño. El protagonista es el pastor que conduce, acarrea, dirige los tiempos y espacios adecuados para las ovejas. En el caso de las relaciones con el mundo vegetal, que vendrían siendo más cercanas a la mentalidad y cultura china, el protagonismo no está tanto puesto en los humanos, pues estos son más bien pasivos respecto del crecimiento de las plantas. Se entabla una relación con otros tiempos, más ligada a la espera paciente y ciertas prácticas puntuales y distanciadas temporalmente, como tutelar con varas o palos o podar y limpiar cuando corresponda. El jardinero es aquel que no conduce, sino que observa, es quien mantiene relaciones menos físicas y más a distancia (Haudricourt, 2021), sugiriendo y acompañando, y no tanto quien como quien manda y gobierna.

La metáfora pastoril impera en los relatos occidentales y su filosofía, desde Aristóteles hasta Heidegger (2000), con su célebre reflexión sobre “el hombre como pastor del Ser”. Sin absolutizar ninguna postura ni tampoco pensar que los vínculos humano-planta no han sido explorados en Occidente de maneras diferentes que las lógicas humano-animal, interesa para este artículo pensar aquello que el agrónomo francés propone creativamente: que los comportamientos y prácticas humanas respecto de lo otro-que-humano devienen en formas de pensamiento, en modos de producción del espacio y priorizan ciertos conceptos sobre otros para explicar la vida y conocer el mundo. Dicho de otro modo, las maneras en que nos acercamos al bosque configuran una forma de pensar y comprender la realidad, las relaciones y el mundo.

Así, los gestos del jardinero serían distintos que los gestos del ganadero. Unos alimentados por el cuidado y la paciencia, más propensos a lo fino y delicado; mientras que los otros – aquellos del pastor– estarían movidos por el palo, el mandato y el desplazamiento. Los gestos van construyendo mundos, es lo que por otro lado propone la antropóloga colombiana Tania Perez-Bustos (2022) en su libro sobre los gestos textiles. Los gestos son aprendidos a través de prácticas ligadas a lo material. Es el bordado y su materialidad lo que enseña al cuerpo a bordar. Son las maneras en que los cuerpos se posicionan y las manos se mueven lo que va dando forma, en el vínculo con la lana, el hilo u otra materialidad, al tejido. Los gestos se van haciendo en el hacer, en una cierta comunicación y aprendizaje mutuo. Gestos y materialidades van encontrándose en ritmos y tiempos que les son propicios. La persona humana comienza a ser construida por aquello que construye. Así, los gestos nos hacen, al tiempo en que los vamos cultivando y repitiendo.

La práctica de hacer tejuelas de alerce, con todas las implicancias que ella tenía y en parte tiene, se instala más bien en los gestos de Occidente, según la diferenciación de Haudricourt (2021); sin embargo, los vínculos anteriores a la explotación del alerce pueden ser leídos en clave “oriental”. La diferencia, a fin de cuentas, es la construcción de una relación de productividad. La tala puede constituir un vínculo de cuidado a pesar de toda su ambigüedad. Es lo que afirma también Haudricourt (2021) cuando habla de la cosecha: al final la relación de cuidado y espera se termina al cortar la planta para devorarla. Lo importante, entonces, no es la tala en sí, sino los modos de relación que se establecen, si estos son

al modo del jardinero o al modo del ganadero; si estos acentúan una dimensión pasiva o activa. Si estos se dejan permear por la presencia del otro o no. Llevando esta reflexión un poco más lejos y territorializándola en los bosques de alerce y en el trabajo de los tejueleros se cae en la cuenta de que ambos modos se entrecruzan haciendo difícil una distinción tajante. Y esto, en concreto, debido a la longevidad de la planta. El alercero solo se constituye como tal una vez que el alerce ya ha crecido bastante, es decir, aparece en la escena como modo de habitar, luego de tres siglos de vida del árbol. Antes, si es que es posible decirlo así, ha habido pura espera y pasividad. El alercero no es un jardinero, no ha tenido que hacer nada para que el alerce se robustezca y manifieste toda su monumentalidad. En ese sentido el alercero es un ganadero. Se comporta según las lógicas del pastor. El tejuelero, que no siempre es el mismo que ha tumbado el árbol, se parece más al jardinero, entablando un vínculo artesanal, donde el tacto, el cariño y el cuidado adoptan un protagonismo mayor. Habría que decir que hay una cierta relación dicotómica en el tejuelero al no siempre sentirse ligado a la planta en sí. Pero, esto no es muy común. La mayoría de los tejueleros con los que se conversó expresan una relación afectiva con la madera y productiva con el bosque. Hay cuidado en la relación con la madera y hay nostalgia de los tiempos en las cordilleras. No es posible hacer un juicio respecto de la mentalidad predominante, al modo en que lo hace Haudricourt con algunos pueblos y culturas. Lo que sí es claro es que hablamos desde un Occidente híbrido y amerindio. Allí se instalan los alerceros y tejueleros, en un espacio intermedio configurado por la vida rural de cordillera, por condiciones socioeconómicas duras y teñidas por la injusticia de un Chile de inequidades. Vidas precarias y precarizadas, desde los inicios de la explotación maderera hasta, incluso, el marginal oficio de los tiempos actuales.

Sería justo afirmar que el modo de producción y relación con el entorno configurado por el capitalismo forzó un vínculo que no necesariamente era el de los antiguos habitantes de los bosques de alerce. Se pasó de maneras más cercanas al jardinero a una relación vertical teñida de fuerza y mandato, maquinaria y todo un sistema de producción industrial. La mentalidad abstracta moral es propia de occidente, dice Haudricourt (2021, p. 51), y se expande al ejercicio militar y aquel de la administración a través de las lógicas y prácticas capitalistas. Esto es sumamente interesante pues permite comprender que, de prácticas territorializadas y concretas, como puede ser el contacto cotidiano con el bosque y la observación, los conocimientos y vínculos que de allí se desprenden, las comunidades se vieron envueltas, a partir del siglo XVI y sobre todo XVIII, en otro tipo de prácticas, asociadas estas al trabajo, a la sobrevivencia y explotación maderera de los bosques. Es el capitaloceno materializándose en los territorios habitados por los alerces.

Estos nuevos gestos construyen territorio y territorialidades. Gestos donde el hacha, la sierra, el cuchillón y otras herramientas comienzan a ocupar un espacio. El territorio inaugura y es inaugurado en un cohabitar con máquinas, camiones y locomóviles. Es la lógica extractivista y la mentalidad capitalista la que se apropia del territorio, tensionando otros modos de habitar y otras escalas espaciotemporales.

Citando a Haudricourt: “La brutal intrusión de este nuevo sistema de producción en sociedades que no habían adquirido la mentalidad abstracta –esa mentalidad solo se adquiere en el curso del desarrollo lento y espontáneo de un capitalismo autóctono– provocó turbulencias incesantes” (2021, p. 54). El pensador francés está hablando de la manera en que

la mentalidad capitalista occidental se ha instalado en culturas del Extremo Oriente, pero no sería muy exagerado aplicar estas tensiones y turbulencias a lo que ha ocurrido y continúa ocurriendo en los pueblos amerindios. Es lo concreto tensionado por lo abstracto, el hacer intervenido por el deber. El esperar reemplazado por el apurar. Dicho de otro modo, el respeto por el tiempo de las plantas, del bosque y su reverencia es, luego, apropiado por la velocidad del capitalismo y sus a priori pastoriles. Se impone el antropocentrismo europeo por sobre otras formas, epistémicas y éticas, de cohabitar.

A fines del siglo XVIII, en uno de los viajes del franciscano Francisco Menéndez por el sur de Chile, durante el año 1786, relatado por el médico y explorador alemán Francisco Fonck (1896) se cuenta que “la industria antigua de las “tablas de Alerce” que se realizaba tan románticamente en otros tiempos, tan llena de sacrificios personales y de acuerdo con las costumbres de un pueblo vigoroso y trabajador y que ama como pocos su tierra natal” (Gunckel, 1979, p. 4) había perdido tal romanticismo y comenzaba a devenir ya a finales del siglo XVIII en un proceso con otros ribetes. Mientras que antes, a pesar de lo sacrificado y la dureza del trabajo no dejaba de “ofrecer atractivos y cierto aire de poesía” (Gunckel, 1979, p. 4) la explotación del alerce en el Archipiélago de Chiloé (Fonck, 1896).

Los gestos del alercero y del tejuelero, ambos ellos distintos, pero en la mayoría de los casos, inseparables, como se explicó, aparecen en su vida cotidiana y vida de trabajo como modos de relación (Bardet, 2021). Estos gestos impregnan sus manos y sus cuerpos. Son los gestos del ir al monte y talar los alerces, gestos de acampar a la intemperie para fabricar las tejuelas; gestos entre varones en condiciones climáticas duras. No por nada una de las personas que trabajó largos años con los alerceros/tejueleros en la Cordillera Pelada decía que “eran superhombres” y que “hoy nadie sería capaz de hacer lo que ellos hacían” (Ingeniero Forestal y trabajador en alerzales. Entrevista 13 de julio, 2021). Gestos de resistencia y sobrevivencia en medio de territorios poco habitados por humanos y desprovistos de caminos, alimentos o abrigo. Las ecologías afectivas de los alerceros y tejueleros están empapadas de gestos; más aún, son estos los que dan cuenta de las afecciones que se establecen entre ellos: alerces, madera, manos, herramientas, bosque y personas, y con seguridad un largo etcétera. Los territorios se encuentran llenos de gestos, son constituidos en parte por los gestos, humanos y otros-que-humanos presentes y expresándose con toda su vitalidad en ellos. Una de las afirmaciones que el trabajo de investigación ha permitido hacer es que no es posible conocer y entender a cabalidad las relaciones humano-alerces sin pensar desde los gestos, sin detenerse a comprenderlos como constructores de territorio. El bosque de alerce, las tejuelas de alerce, los humanos-de-los-alerces, perderán su impronta, su singularidad y su habitar; si no somos capaces de identificar los gestos que los constituyen. Y ello posee consecuencias epistemológicas, ecológicas, sociales y políticas.

El filósofo francés Gilles Deleuze (2015), al referirse a los análisis de Haudricourt, afirma que habría un modo de habitar vinculado a las plantas que permitiría una caracterización del humano como humano-vegetal. Habría algo así como “formas vegetales” o formas jardineras para pensar al humano. Formas que se desprenden de los gestos que los humanos tienen con las plantas (Bardet, 2021). Ahora, claro, nuevamente está el riesgo de universalizar y realizar una abstracción respecto de este humano-vegetal. El propio Deleuze alerta sobre ello al decir que solo es posible afirmar lo anterior habida cuenta de especificar qué plantas y qué gestos son estos. Dicho de otra manera, es necesario territorializar los gestos,

los encuentros y las maneras que los humanos y las plantas han encontrado para relacionarse. No sólo, habría que agregar, especificar qué plantas, sino también qué humanos son estos. Y, así mismo, explicitar que los gestos no son solo humanos; los alerces y las tejuelas poseen sus propios gestos asociados a su vida vegetal y material. Ellos vibran y se expresan en sus propias formas de aparecer y estar.

De ese modo, los gestos (como modos de relacionamiento ecológico, en el sentido más amplio y político del término) del tejuelero, en sus escalas, memorias y afecciones refieren a encuentros que albergan otras temporalidades, aquellas de la espera paciente y la observación constante. Tiempos de cuidado y atención, tiempos que enseñan de compañía y permanencia. Gestos cargados de tiempo y delicadeza, de perseverancia y permanencia. Que las generaciones humanas aprendan de estas temporalidades largas y comiencen a vivir considerando la prolongación de ellos mismos es una tarea crucial para el advenimiento de otros territorios y territorialidades.

Discusión final y los otros territorios

Cada época tiene su propia retórica cartografía, dice lúcidamente el historiador alemán Karl Schlögel (2007). El antropoceno/capitaloceno también ha ido construyendo, en las últimas décadas, su propio relato cartográfico, priorizando una cartografía del desastre y la perturbación, elaborando complejas espacialidades *feral* (Tsing *et al.*, 2020), salvajes, inimaginadas, extrañas, brutales. El antropoceno pinta su espacio de padecimientos y quiebres, pero también de maravillosas conquistas y creativos hallazgos. En esos territorios complejos y nómadas es donde los alerces y el bosque han sobrevivido, precisamente a lo extraño e inesperado. Imbricaciones entre maquinarias y vegetales, sierras y manos humanas, escombros de madera y rudimentarias viviendas de tejuelas; embarcaciones de alerce abandonadas y locomóviles traídos desde Europa, se encuentran en esas cartografías híbridas del antropoceno/ capitaloceno. Ese es el paisaje de nuestra época.

La vida vegetal sabe de sobrevivencias, también los humanos-vegetales, los humanos-plantas, y las personas-alerces/tejuelas en particular. Estos últimos viven al modo de los renovales y, por lo mismo, ya han muerto muchas veces. Se reinventan y regeneran, dejan el bosque para dedicarse al turismo y alimentar a sus familias; disminuyen la confección de tejuelas por priorizar otros rumbos y caminos, bajan de las cordilleras para construir, una vez más, sus casas de tejuelas. El bosque los sigue y persigue y el hacha no se ha separado de sus manos. La gente del sur de Chile sabe de sobrevivencias. Son los gestos que habitan y por los cuáles son habitados, gestos provenientes de su relación con el bosque de alerce y las tejuelas. Gestos que los han formado, como una ruta de afecciones, de ese modo. No es sorpresa que resistencia y lucha sean palabras cercanas a la vida dura de las familias trabajadoras de esas latitudes, mucho más para quienes habitan periferias y lejanías. Sin embargo, hay algo que no se aprende de un día para otro, ni quizás en décadas de habitar las cordilleras y bosques, se trata de esa vida vegetalizada, alerzada, aquella forma particular de entrelazarse con el territorio, estar en el territorio, producir territorio y ser-territorio, o ese modo, difícil de nombrar, que se despliega en el contacto cotidiano con los

suelos, los vientos, los fríos y ausencias tan propias de los alerzales; o ese *pathos* (Achondo, 2023b) tan único como inapropiable de habitar el tiempo y el espacio en las ecologías afectivas que allí se desarrollan.

El capitaloceno simplemente llegó, con sus lógicas y maquinarias a la vida de los habitantes de las cordilleras de alerce. Vino hacia ellos, como una otra colonización o como parte de la misma que ya conocemos. Vino de afuera y del norte. Trajo un lenguaje epis-témico, con sus propios códigos y ontologías. Diseñó el territorio de una manera distinta. Llegó a apurar el hacha silenciosa y acelerar la tala en escala doméstica. Pero, a partir de la investigación, es posible decir que esta segunda colonización no logró asentarse. Ni las ontologías relacionales, ni los entramados humano-bosque, ni la ternura de las manos-hacha y tejuelas; fue permeada o totalmente transformada por dichas lógicas y maneras de hacer mundo. Los gestos del tejuelero y los gestos del bosque siguen allí, como se vio, en las memorias, cuerpos y pasiones de quienes han sido configurados por estos territorios. El capitaloceno no consiguió reterritorializar la vida de los alerceros/tejueleros. A pesar de la fuerza de la maquinaria industrial y la potencia de la Gran Aceleración (Steffen *et al.*, 2015).

Aunque el locomóvil, primero (Castillo-Levicoy, 2015; Pacheco, 2018) y toda una maquinaria después; se instalaron en las cordilleras del sur transformando el bosque y su belleza en una mercancía a explotar, es imposible decir a ciencia cierta que la modernidad industrial perpetró el interior entejuelado de las personas. Al menos no de una manera de habitar y hacer mundo aun presente. El bosque sobreviviente es testigo de ello, pero también lo es cada tejuelero anciano que de niño subió a las cordilleras en busca de comida y sustento. Lo es la memoria afectivo-territorial (Achondo y De la Sotta, 2023-2024) de todos quienes respiraron la respiración de las tejuelas y se fueron modelando a partir de cada rajada. Lo saben los alerces que contemplan de pie los valles y lo saben, con dolor, los bosques ausentes detenidos en pampas bucólicas. Lo sabe un tocón perdido en las rutas antiguas de alerceros huilliche. Y lo saben los carpinteros hijos de carpinteros en el Chiloé de tejuelas. El conocimiento territorializado y devenido en vegetalidad y materialidad no ha olvidado, porque ha permanecido en la carne de ese mundo.

El tejuelero no es una especie protegida, pero tal vez debería serlo y participar de la Convención Internacional de especies protegidas CITES (2006). Tal vez no y ya es tiempo de generar otro tipo de informes, más al modo de lo que deseamos que venga para la Tierra y las tierras. Otras maneras de presentar la vida enmarañada, la vida interconectada, la vida nómada que fluye y se mueve y se escapa de cualquier página de cualquier informe. Quizás baste con aprender a leer las tejuelas y sus vibraciones en los muros. Quizás baste con entrar al bosque sin el hambre comercial de madera y sin una mirada demasiado amiga del capital. Somos todos sobrevivientes, pero también gestores; no solo resistimos, sino que existimos haciendo mundos alternativos, cada uno y cada cual en sus propios territorios. Algunos ya en procesos de regeneración, mientras que otros continúan recibiendo la voracidad del capitaloceno y sus ontologías no-relacionales. Algunos, instalados en el corazón de la resistencia están allí, entendiendo que la vida posthumana es ahora, y habitando al modo de los cuidadores y jardineros de los pequeños alerces que riegan delicadamente algún vivero rural.

En una larga conversación con un destacado geógrafo y antropólogo chileno, con una vasta experiencia de estudio en los alerzales, cuenta que para él el alerce representa lo previo, lo anterior; lo primigenio. Estar entre los alerces es estar en un espacio anterior a los humanos, dice. Es reconectar con los hielos milenarios, con un territorio totalmente anterior a aquellos habitados por los humanos del sur de Chile. Representa, al mismo tiempo, un lugar difícil. Más aun, un espacio inhabitable para los humanos dice el geógrafo. El alerce es un colonizador vegetal, solo sobrevive el alerce en condiciones post catástrofe, habitando en suelos realmente duros para que la vida persista. Entre otras cosas el geógrafo destaca el silencio. En su experiencia, los bosques de alerce son silenciosos, aparte de algunos pájaros, el viento y el agua que abunda; no hay muchos otros sonidos. Es el silencio que muchas veces se percibió en las alturas de la Cordillera Pelada durante la etnografía y es el mismo silencio que de alguna manera incomodaba a Philippi el año 1865:

Ningún cuadrúpedo interrumpe el silencio i la soledad del monte, ningún pájaro deja oír su voz i se ve volando entre las ramas; solo de vez en cuando el Chucao interrumpe el silencio con su voz, si canto se puede llamar su voz (Philippi, 1865, p. 294).

Es un silencio especial. Un silencio que llama al silencio humano. Todo ello forma parte del *pathos* de esos bosques. Como comentaba un alercero antiguo: no se puede gritar en el bosque. El ruido llama a la lluvia y la lluvia no permite el trabajo, y sin trabajo no hay comida. Por eso, no hay que gritar en los alerzales.

Los territorios conformados por estos otros gestos, aquellos boscosos de alerces y emparentados de tejuelas, narran historias y materializan esperanzas. Allí es posible reencontrar la fuerza de la vida, ese impulso del que tanto habla el filósofo francés Henri Bergson (2016), esa vida que pulsa por más vida cambiando y generando condiciones para seguir siendo vida. Son los alerces devenidos en tejuelas, son los humanos devenidos en bosque, son las tejuelas devenidas en hogar. Es la vida devenida en afectividad y territorialidad. El resto es sentarse a conversar, diseñar e imaginar juntos, en cada territorio, cómo permitir, más bien dejar, que esa vida lo siga siendo. Esa vida *geo-zoe-tecno* mediada (Braidotti, 2020). La vida de las tejuelas, del tejuelo y del tejuelero permitirá la continuidad material, vegetal y afectiva del bosque; en su prolongación y discontinuidad. Tanto las tejuelas como los humanos pueden continuar reinventando los vínculos que entre ellos y desde ellos se han conformado. Es tiempo del diseño, del arte, de la imaginación y de la poesía para que esos vínculos se prolonguen en el tiempo y el espacio. De eso se trata no solo la búsqueda, sino también la construcción de mundos otros con futuro.

Mi abuelo fue carpintero [...] En algún momento perdimos el conocimiento del bosque. Ese conocimiento ya no está. Antes había todo un proceso de conocimiento con el entorno, la estación del año, la luna, los tiempos del árbol, el volteo, la espera, la sabia del árbol, el lugar donde está, el respeto. Escoger bien el árbol. Todo eso era conocimiento de los antiguos. Yo hace más de 10 años trabajo con maderas recicladas para cuidar el bosque. Es posible. [...] La madera te habla, hay que saber entender nomás. La madera me ha mostrado un

montón de cosas, lo vulnerable que es uno, cómo se luce la pieza, la elegancia. Solo al trabajarla uno comienza a entenderla. Hay que saber hablar el lenguaje de la madera. [...] Lo mismo cuando uno está construyendo. Todo ello va permitiendo conectarse con el lugar, por dónde comenzar, cómo tratar la madera. [...] Aparece el cariño, cada pieza, cada lugar. Es imposible no conectarse con la materialidad de la madera o con la vida de aquello con lo que uno trabaja. La madera me ha educado, cada una de ellas de manera diferente, porque cada una tiene su comportamiento diferente. [...] Cada materialidad ha vivido, posee una historia, un valor, fue parte de. El trabajo con alerce es un trabajo en extinción y la tejuela propiamente tal va a ir cambiando: los formatos, el uso, la relación que podamos entablar con el alerce. Yo desde chico pude apreciarlo, como algo precioso, una madera única. [...] Hay que ir evolucionando hacia otras maderas, es posible ir cambiando, modificando las construcciones y las mentalidades (Carpintero en madera, Chiloé. Entrevista 13 de abril, 2022).

Referencias bibliográficas

- Achondo, P.P. (2023a) “Geo-grafías posthumanas de la tejuela de alerce”. *Punto Sur*. Revista de Geografía de la UBA, 9, 133-148 | ISSN 2683-7404.
- Achondo, P.P. (2023b) “Alerces en el Antropoceno, variaciones del tiempo y lecturas del territorio» en: Moreira, A., Mansilla, P., De Pina, V. y Favila, M. (eds). *GeoHumanidades: Arte & Biopolítica del Antropoceno*. Ediciones PUCV.
- Achondo, P.P. (2022) “Dendrografías. Escribiendo con alerces”. *Revista [sic]*, (32): 148–158. <http://revistasic.uy/ojs/index.php/sic/article/view/432>
- Achondo, P.P. (2021-2022) “Los lenguajes de la tejuela de alerce y los territorios que no vemos”. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación* [Ensayos]. Universidad de Palermo, Buenos Aires, n°134, año 24, pp. 71-87.
- Achondo, P.P. y De la Sotta, P. (2023-2024). “La memoria territorio-afectiva del alerce y la tejuela como la huella de una identidad que permanece viva”. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación* [Ensayos]. Universidad de Palermo, Buenos Aires, n°185, año 24, pp. 23-29.
- Bardet, M. (2021) *Hacer mundos con gestos*. Cactus.
- Bergson, H. (2016) *La evolución creadora*. Cactus.
- Boldrini, G. (1990) *Chiloé, andanzas y palabra escrita*. Ediciones Mar Interior.
- Braidotti, R. (2020) *El conocimiento posthumano*. Gedisa.
- Castillo-Levicoy, C. (2015) Locomóviles (Motores a vapor) y la explotación maderera en la Región de Aisén. *Revista de Aysenología* 00, 23-31.
- CITES I-II-III. (2006) *Timber Species Manual*. United States Department of Agriculture. Animal and Plant Health Inspection Service. <https://cites.org/esp>
- Coccia, E. (2017). *La vida de las plantas. Una metafísica de la mixtura*. Miño y Dávila Editorial.

- Coppens, Y. (2010) Últimas noticias de la prehistoria. Del ADN de los dinosaurios a las pinturas de Lascaux. Tusquets Editores.
- Deleuze, G. (2015) *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*. Cactus.
- Fonck, F. (1896) *Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi, publicados i comentados*. Tomo I: Viajes a la Cordillera.
- Gunckel, H. L. (1979) Vocablos populares técnicos relacionados con la industria del alerce (Fitzroya cupressoides (MOLINA) I. M. JOHNSTON) en Chiloé y Llanquihue. *Noticiario Mensual Museo Nacional de Historia Natural*, 274-275, 3-13.
- Hallé, F. (2020) *La vida de los árboles*. GG.
- Haudricourt, A. (2021) *El cultivo de los gestos*. Cactus.
- Heidegger, M. (2000) *Carta sobre el humanismo*. Alianza Editorial.
- Mytting, L. (2017) *El libro de la madera. Una vida en los bosques*. Alfaguara.
- Pacheco, R. (2018) *Reconstrucción de la historia social en torno a la industria forestal extractiva del alerce, en la Cordillera Pelada, durante el siglo XX*. Proyecto FONDART 2018, Folio N° 459692.
- Pérez-Bustos, T. (2023) *Gestos textiles. Un acercamiento material a las etnografías, los cuerpos y los tiempos*. Universidad Nacional de Colombia.
- Philippi, R.A., (1865) Excursión botánica en Valdivia desde Las Trancas en el Departamento de La Unión a través de la Cordillera de la Costa. *Anales Universidad de Chile*, 27, 289-351.
- Schlögel, K. (2007) *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*. Ediciones Siruela.
- Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O., y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration. *The Anthropocene Review*, 2(1), 81–98. <https://doi.org/10.1177/2053019614564785>
- Tsing, A., Deger, J., Keleman Saxena, A. y Zhou, F. (2020) *Feral Atlas: The More-Than-Human Anthropocene*. Stanford University DOI 10.21627/2020fa www.feralatlus.org

Abstract: The article seeks to consider the links established between the weavers and the forest through the craft of weaving. The aim is to highlight the relationship that the craft has traditionally allowed to establish between humans and plants and, from this, to verify the emergence of other territories, territories of hope that question, in some way, environmentalist views on these links. On the basis of previous work, we continue to explore ways of making the world that humans and plants, in this case the alerce forests of southern Chile, have allowed us to investigate. Using an ethnographic methodology and on the basis of conversations and interviews with tejueleros, we arrive at considerable results on the influence of the forest on people and the way in which mutual affectations allow access to ways of inhabiting and representing the territories. The design is approached materially from the shingles, not so much for its diverse uses, but for its own materiality, that is, being larch wood and coming from a specific forest. It is from this vegetal materiality that the shingles give an account of a biocultural, affective and memorial relationship between

artisans and larch trees. The article proposes, in turn, new lives of these materialities, as well as the continuity of trades associated with the shingles.

Keywords: Weaving - Alerce trees - Forest - Territories - Materialities

Resumo: O artigo busca considerar os vínculos estabelecidos entre os tecelões e a floresta por meio do ofício da tecelagem. O objetivo é destacar a relação que o ofício tradicionalmente permite estabelecer entre humanos e plantas e, a partir disso, verificar o surgimento de outros territórios, territórios de esperança que questionam, de alguma forma, as visões ambientalistas sobre esses vínculos. Com base em trabalhos anteriores, continuamos a explorar maneiras de criar o mundo que os seres humanos e as plantas, neste caso as florestas de alerce do sul do Chile, nos permitiram investigar. Usando uma metodologia etnográfica e com base em conversas e entrevistas com tejueleros, chegamos a resultados consideráveis sobre a influência da floresta sobre as pessoas e a maneira pela qual as afeições mútuas permitem o acesso a formas de habitar e representar os territórios. O design é abordado materialmente a partir das telhas, não tanto por seus diversos usos, mas por sua própria materialidade, ou seja, por ser madeira de lariço e vir de uma floresta específica. É a partir dessa materialidade vegetal que as telhas dão conta de uma relação biocultural, afetiva e memorial entre os artesãos e os lariços. O artigo propõe, por sua vez, novas vidas dessas materialidades, bem como a continuidade dos ofícios associados às telhas.

Palavras-chave: Tecelagem - Alerceiras - Floresta - Territórios - Materialidades
